

voz,—usted viene por primera vez á la Opera, y como deseará usted verlo todo, tome usted asiento en la delantera; nosotras se lo permitimos.

Luciano obedeció. En este momento finalizaba el primer acto de la ópera.

—Bien ha empleado usted el tiempo—le dijo Luisa al oído, en el primer momento de sorpresa que le causó la metamorfosis de Luciano.

Luisa vestía del mismo modo que antes, y la proximidad de una mujer á la moda, de la marquesa de Espard, de aquella señora de Bargetón de París, le dañaba tanto y hacía resaltar de tal modo las imperfecciones de la provinciana, que Luciano, doblemente instruido por la gente elegante que llenaba la sala y por aquella mujer eminente, vió al fin en la pobre Nais de Negrepelisse á la mujer real, á la mujer que los parisienses veían: una dama alta, seca, barrosa, ajada, más que roja, angulosa, afectada, pretenciosa, mal vestida y provinciana hasta en el hablar. En efecto, los pliegues de un traje viejo de París denotan un cierto gusto, y, no obstante ello, se adivina lo que fué; pero un traje viejo de provincias es inexplicable y causa risa. El traje y la mujer carecían de gracia y de frescura, y el terciopelo era reluciente como su tez. Luciano, avergonzado de haber amado á aquel esqueleto ambulante, se propuso aprovechar el primer acceso de virtud de su Luisa para abandonarla. Su vista lince le permitía distinguir la dirección de los anteojos hacia el palco aristocrático por excelencia. Las mujeres más elegantes examinaban indudablemente á la señora de Bargetón, y decimos indudablemente, porque se sonreían entre sí. Si la señora de Espard reconoció por los gestos y las sonrisas femeninas la causa de los sarcasmos, se mostró completamente insensible á ellos; en primer lugar, porque todo el mundo debía reconocer en su compañera á la pobre parienta llegada de provincias, pequeña desgracia ésta que puede afligir á toda familia parisiense, y además porque, como su prima le hubiese hablado de su traje manifestándole cierto temor, ella le había tranquilizado al notar que Nais no tardaría en adquirir las maneras parisienses, una vez que estuviese bien vestida. En efecto, si la señora de Bargetón carecía de hábito, poseía, en cambio, la altivez nativa de una mujer noble y ese no sé qué que se puede llamar la raza. Al lunes siguiente tomaría, pues, la revancha. Por otra parte, la marquesa no ignoraba que,

una vez que el público supiese que aquella mujer era prima suya, suspendería el curso de sus burlas y esperaría á hacer un nuevo examen para juzgarla. Luciano no adivinaba el cambio que produciría en la persona de Luisa un chal arrollado al cuello, un bonito traje, un elegante peinado y los consejos de la señora de Espard. Subiendo la escalera, la marquesa había dicho á su prima que no tuviese el pañuelo desplegado en la mano. El bueno ó el mal gusto dependen de mil pequeños detalles de este género que una mujer de talento no tarda en comprender, y que resultan imposibles para ciertas mujeres. La señora de Bargetón, además de estar llena de buenos deseos, era demasiado lista para dejar de conocer sus faltas. La señora de Espard, segura de que su discípula la honraría, se brindaba gustosa á formarla, y esto sin contar con que las dos mujeres habían hecho un pacto basado en su mutuo interés. La señora de Bargetón había declarado de pronto su admiración por aquel ídolo del día, cuyos modales, talento y porte la habían seducido, deslumbrado y fascinado. La provinciana había adivinado en la señora de Espard el oculto poder de la gran dama ambiciosa, se había dicho que medraría convirtiéndose en satélite de aquel astro, y, fundada en este razonamiento, lo había admirado francamente. La marquesa se había mostrado sensible á aquella sencilla conquista, se había interesado por su prima al verla débil y pobre, y como no deseaba otra cosa que formar escuela, vió en la señora de Bargetón á una especie de dama de compañía, á una esclava que cantaría sus alabanzas; tesoro aun más raro entre las mujeres de París, que un crítico adicto entre los literatos. Sin embargo, los movimientos de curiosidad se hacían demasiado visibles para que la recién llegada no se apercibiese de ellos, y la señora de Espard, queriendo aminorarlos, le dijo:

—Si recibimos visitas, ya sabremos á qué debemos el honor de ocupar tanto á esas damas.

—Mucho me temo que mi traje de terciopelo y mi cara de provinciana haga reír á las gentes—dijo alegremente la señora de Bargetón.

—No, no es usted; hay algo que no me explico—añadió la marquesa, volviéndose hacia el poeta para mirarle por vez primera y encontrándole extravagantemente vestido.

—Ahora llega el señor del Chatelet—dijo en este mo-

mento Luciano, señalando con el dedo el palco de la señora de Serizy, donde el elegante viejo acababa de entrar.

Al ver el ademán de Luciano, la señora de Bargetón se mordió los labios de despecho, y la marquesa no pudo contener una mirada y una sonrisa de asombro, que decían tan desdeñosamente: «¿De dónde sale ese joven?», que Luisa se sintió humillada en su amor, sensación esta que no perdona nunca una amante á su amado y que resulta una de las más mortificantes para una francesa. En aquel mundo en que las pequeñeces se hacen grandes, un gesto ó una palabra pierden á un principiante. El mérito principal de las buenas maneras y del tono de la alta sociedad consiste en ofrecer un conjunto armonioso donde nada choque. Aquellos mismos que, por ignorancia ó por un impulso cualquiera del pensamiento, no observan las leyes de esta ciencia, comprenderán que en esta materia una sola disonancia es, como en música, una negación completa del arte mismo, cuyas condiciones todas deben ser ejecutadas en sus menores detalles, so pena de dejar de ser arte.

—¿Quién es ese señor?—preguntó la marquesa mirando á Chatelet.—¿Conoce usted ya acaso á la señora de Serizy?

—¡Ah! ¿es esa la famosa señora de Serizy que ha tenido tantas aventuras y que, sin embargo, es recibida en todas partes?

—Una cosa inaudita, querida mía—respondió la marquesa,—una cosa explicable, pero inexplicada. Los hombres más temibles son amigos suyos, ¿por qué? Nadie se atreve á sondear ese misterio. ¿De modo que ese señor es el elegante de Angulema?

—El señor barón del Chatelet es un hombre que ha metido mucho ruido—dijo Nais.—Es el compañero del señor de Montriveau.

—¡Ah!—exclamó la marquesa,—no oigo nunca ese nombre sin acordarme de la pobre duquesa de Langeais, que desapareció como una estrella fugaz. Mire—añadió indicando un palco,—allí están el señor de Rastignac y la señora de Nucingen, mujer de un proveedor, banquero, hombre de negocios y chalán en gran escala, una persona que se impone al mundo de París con su fortuna y que, al parecer, es poco escrupuloso en los medios de medrar. Ahora muestra un afán atroz en hacer creer que es adicto á los Borbones, y ha intentado varias veces venir á mi casa.

Tomando el palco de la señora de Langeais, su mujer ha creído que adquiriría también las gracias, el talento y los éxitos de ésta. Siempre la fábula del grajo que se adorna con plumas de pavo real.

—¿Y cómo hacen para sostener á su hijo en París los señores de Rastignac, no teniendo ni mil escudos de renta?—dijo Luciano á la señora de Bargetón, asombrado al ver la elegancia y el lujo que revelaba el porte de aquel joven.

—Ya se conoce qué viene usted de Angulema—le respondió irónicamente la marquesa, sin dejar de mirar con sus gemelos.

Pero Luciano no la entendió, porque estaba sumido por completo en la contemplación de los palcos, adivinando los juicios que en ellos se hacían acerca de la señora de Bargetón y la curiosidad de que él era objeto. Luisa, por su parte, se sentía un tanto mortificada al ver la poca importancia que la marquesa daba á la belleza de Luciano.

—¿De modo que no es tan guapo como yo creía?—se preguntaba Nais.

De esto á encontrarle menos listo, no mediaba más que un paso. El telón había bajado. Chatelet, que había ido á hacer una visita á la duquesa de Carigliano, cuyo palco estaba inmediato al de la señora de Espard, saludó desde allí á Nais, la cual le respondió con una inclinación de cabeza. Una mujer de mundo lo ve todo, y la señora de Espard notó la elegancia del señor del Chatelet. En aquel momento entraron en el palco de la marquesa cuatro celebridades parisienses.

Era el primero el señor de Marsay, hombre famoso por las pasiones que inspiraba, notable, sobre todo, por su belleza de mujer, belleza sin vigor, pero corregida por una mirada fija, tranquila, altiva y rígida como la de un tigre: era hombre que se hacía amar y que asustaba. Luciano era también guapo; pero su mirada era tan cariñosa y sus ojos azules tan límpidos, que no parecía capaz de tener esa fuerza y ese poder de que tanto gustan las mujeres. Por otra parte, el poeta no poseía aún méritos que le hiciesen valer, mientras que de Marsay tenía un aplomo, una seguridad de agrandar y vestía de un modo tan apropiado á su manera de ser, que empequeñecía á todos sus rivales que le rodeaban. En fin, juzgad lo que podía ser á su lado el pobre Luciano, afectado, engomado y tieso como sus ropas. De

Marsay había conquistado el derecho á decir impertinencias, por la gracia como lo hacía y por el encanto de los modales con que las acompañaba. La acogida que le hizo la marquesa indicó á la señora de Bargetón la importancia de este personaje. El segundo era uno de los dos Vandenesse, aquel que había causado el escándalo de lady Dudley, un joven amable, ocurrente y modesto, que reunía cualidades completamente opuestas á aquellas de que se gloriaba de Marsay, y que le habían valido el aprecio de la prima de la marquesa, la señora de Mortsauf. El tercero era el general Montriveau, autor de la pérdida de la duquesa de Langeais. El cuarto era el señor de Canalís, uno de los poetas más ilustres de aquella época, joven que estaba aún en la aurora de su gloria y que, más orgulloso de ser noble que de su talento, se fingía asiduo de la señora de Espard para ocultar su pasión por la duquesa de Chaulieu. No obstante sus gracias preñadas de afectación, se adivinaba en él la inmensa ambición que le había de lanzar más tarde á la carrera política. Su belleza, casi delicada, y sus maneras cariñosas velaban imperfectamente su profundo egoísmo y los cálculos perpetuos de su existencia problemática á la sazón; pero la elección que había hecho de la señora de Chaulieu, mujer de cuarenta años pasados, le valía entonces los beneficios de la corte, los aplausos del arrabal Saint-Germain y las injurias de los liberales, que le llamaban poeta de sacristía.

Al ver estas cuatro figuras tan notables, la señora de Bargetón se explicó la poca atención que la marquesa había dispensado á Luciano, y después, cuando empezó la conversación y cada uno de aquellos sutiles espíritus se reveló con rasgos que tenían más sentido y más profundidad que todo lo que Nais oía durante un mes en provincias, y sobre todo cuando el gran poeta dejó oír sus palabras vibrantes, que encerraban todo lo positivo de aquella época, si bien dorado de poesía, Luisa comprendió lo que Chatelet le había dicho la víspera: Luciano no fué ya nada. Miraba todo el mundo al pobre desconocido con tan cruel indiferencia, y parecía tan extraño á cuanto allí se hablaba, que la marquesa se apiadó de él y le dijo á Canalís:

—Caballero, permítame usted que le presente al señor de Rubempré. Ocupa usted una posición demasiado elevada en el mundo literario para no acoger á un principiante.

El señor de Rubempré llega de Angulema y tal vez necesita de su protección para salir á flote. Aun no tiene enemigos que puedan hacer su fortuna atacándole. ¿No es bastante original intentar una empresa cuyo objeto es hacerle obtener por amistad lo que usted ha logrado del odio?

Los cuatro personajes miraron á Luciano mientras la marquesa hablaba. Aunque el recién llegado estuviese á dos pasos de Marsay, tomó éste su monóculo para mirarle; y sus ojos iban de Luciano á la señora de Bargetón y de la señora de Bargetón á Luciano, aparejándolos en su mente y revelando sus pensamientos de una manera tan burlona, que los mortificó cruelmente: los examinaba como si fuesen dos animales curiosos y al mismo tiempo se sonreía. Esta sonrisa fué una especie de puñalada para el gran hombre de provincias. Félix de Vandenesse guardaba una actitud caritativa, y Montriveau dirigió á Luciano una mirada para sonarle hasta la médula de los huesos.

—Señora—dijo Canalís inclinándose,—la obedeceré á usted, no obstante el interés personal que nos inclina á no favorecer á nuestros rivales. Bien se ve que usted nos ha acostumbrado á los milagros.

—Pues bien, hagan ustedes el favor de venir á comer el lunes á mi casa con el señor de Rubempré, y allí podrán ustedes hablar á sus anchas de los negocios literarios. Yo procuraré reunir á algunos de los tiranos de la literatura y á las celebridades que la protegen, al autor de *Ourika* y á algunos jóvenes poetas de buenos sentimientos.

—Señora marquesa—dijo de Marsay,—si protege usted al señor por su talento, yo le protegeré por su belleza, dándole consejos que le han de constituir en el petimetre más afortunado de París. Después de esto, será poeta si quiere.

La señora de Bargetón dió las gracias á su prima con una mirada llena de agradecimiento.

—No sabía yo que se mostrase usted celoso de las gentes de talento—dijo Montriveau á de Marsay.—La felicidad mata á los poetas.

—¿Es por eso por lo que el señor quiere casarse?—repuso el petimetre dirigiéndose á Canalís, para ver si la señora de Espard se daba por aludida.

Canalís se encogió de hombros, y la señora de Espard, sobrina de la duquesa de Chaulieu, soltó una carcajada.

Luciano, que estaba dentro de sus ropas como una estatua egipcia en su repisa, se sintió avergonzado de su silencio, y por fin dijo con cariñosa voz á la marquesa:

—Señora, las bondades de usted me condenan á no tener más que éxitos.

Chatelet entró en este momento, cogiendo por los cabellos la ocasión de que Montriveau, que era uno de los reyes de París, le presentase á la marquesa. Primero saludó á la señora de Bargetón, y luego rogó á la señora de Espard que le perdonase la libertad que se tomaba de invadir su palco; pero que tuviese en cuenta el mucho tiempo que hacía que estaba separado de su compañero de viaje. Montriveau y él se veían por primera vez después de haberse separado en medio del desierto.

—¡Dejarse en el desierto y encontrarse en la Opera!—dijo Luciano.

—Es un verdadero encuentro teatral—dijo Canalís.

Montriveau hizo la presentación del barón del Chatelet á la marquesa, y ésta dispensó una acogida tanto más halagüeña al antiguo secretario de órdenes de la Alteza Imperial, cuanto que le había visto bien recibido en tres palcos, sabía que la señora de Serizy no admitía más que á gentes distinguidas, y, por último, le consideraba por ser compañero de Montriveau. Este último título, sobre todo, tenía tan gran valor, que la señora de Bargetón pudo notar en el tono, en las maneras y en las miradas de los cuatro personajes, que éstos reconocían sin distinción á Chatelet como uno de los suyos. La conducta sultanesca observada por Chatelet en provincias le fué explicada de pronto á Nais. Por fin, Chatelet vió á Luciano, le dirigió uno de esos saludos secos y fríos con que un hombre menosprecia á otro, indicando á los presentes el lugar ínfimo que ocupa en la sociedad, y acompañó su saludo de cierto aire sardónico que parecía decir: «¿Por qué casualidad se encuentra éste aquí?» Chatelet debió ser bien comprendido, porque de Marsay se inclinó hacia Montriveau para decirle al oído, de manera que pudiese ser escuchado por el barón:

—Pregúntele usted quién es ese extraño joven que parece un maniquí vestido á la puerta de un sastre.

Chatelet habló un momento en voz baja con su compañero, fingiendo ocuparse de su separación; pero dividiendo probablemente á su rival en cuatro. Sorprendido del opor-

tuno ingenio y de la sutileza con que aquellos hombres formulaban sus respuestas, Luciano estaba aturdido de sus salidas y de sus frases, y sobre todo de la desenvoltura de sus palabras y de sus modales. El lujo de las cosas que le había asombrado por la mañana, lo hallaba entonces en las ideas, y se preguntaba cómo harían aquellas gentes para lanzar de pronto reflexiones picantes y contestaciones que él no habría dado nunca, á no ser tras larga meditación. Además, aquellos cinco hombres no sólo demostraban desenvoltura en la palabra, sino que también en sus ropas, hasta el punto que nada en ellos era nuevo ni viejo, nada admiraba y todo atraía la mirada, y su lujo de hoy era el de ayer y debía ser el de mañana. Luciano adivinó que su actitud denotaba que se había vestido con lujo por la primera vez en su vida.

—Querido mío—decía de Marsay á Félix de Vandenesse, —ese pequeño Rastignac vuela como una cometa. Mírale cómo hace progresos. Ahora nos contempla desde el palco de la marquesa de Listomere. ¿Conoce acaso al señor?—repuso el petimetre dirigiéndose á Luciano, aunque sin mirarle.

—Es difícil que el nombre del gran hombre de quien estamos orgullosos no haya llegado hasta él—respondió la señora de Bargetón,—porque su hermana oyó cómo el señor de Rubempré nos leía unos versos muy hermosos.

Félix de Vandenesse y de Marsay saludaron á la marquesa, se trasladaron al palco de la señora de Listomere, hermana de los Vandenesse, y como iba á empezar el segundo acto, todo el mundo dejó solos á la señora de Espard, á su prima y á Luciano. Los unos fueron á decir quién era la señora de Bargetón á las mujeres que tenían curiosidad de saberlo, y los otros contaron la llegada del poeta, y se burlaron de su indumentaria. Canalís se fué al palco de la duquesa de Chaulieu y no salió ya de él. Luciano se dió por satisfecho, se consideró feliz con la desbandada que producía el espectáculo. Todos los temores de la señora de Bargetón relativos á Luciano aumentaron con la atención que su prima había dispensado al barón del Chatelet, atención que tenía un carácter completamente distinto del de su cortés protección por Luciano. Durante el segundo acto, el palco de la señora de Listomere se llenó de gente, y pareció agitado por una conversación en la que se trataba de la se-

ñora de Bargetón y de Luciano. Era indudable que el joven Rastignac resultaba el *divertidor* de aquel palco, dando pasto á aquella risa parisiense que, versando cada día sobre un objeto nuevo, se apresura á agotarlo haciéndolo viejo. La señora de Espard, inquieta, sabía que la maledicencia no es ignorada mucho tiempo por el que ha sido objeto de ella, y esperó el fin del acto. Cuando los sentimientos son objeto de reflexión, como ocurrió en Luciano y en Luisa, pasan cosas extrañas en poco tiempo; las revoluciones morales se operan obedeciendo á leyes de efecto rápido. Luisa tenía presentes en su memoria las palabras juiciosas y políticas que Chatelet le había dicho acerca de Luciano al volver del Vaudeville, y cada frase resultaba una profecía, como si Luciano se tomase el trabajo de cumplirlas todas. Al perder sus ilusiones acerca de la señora de Bargetón, como ésta las perdía de él, el pobre muchacho, cuyo destino se parecía un tanto al de Juan Jacobo Rousseau, imitó á éste hasta el punto de que quedó fascinado por la marquesa de Espard, y se enamoró de ella inmediatamente. Los jóvenes ó los hombres que se acuerden de las emociones de su juventud, comprenderán que esta pasión era muy probable y natural. Los bonitos modales, las palabras delicadas y la voz suave de aquella mujer tan noble, tan distinguida y tan envidiada, hicieron al poeta el mismo efecto que el que le había causado en Angulema la señora de Bargetón, y la volubilidad de su carácter le inclinó á desear en seguida aquella elevada protección, como el medio más seguro de poseer á la mujer y de lograrlo luego todo. Si había vencido en Angulema, ¿por qué no había de vencer también en París? Involuntariamente, y á pesar de las magias de la Opera, todas nuevas para él, su mirada, atraída por aquella magnífica Celimenes, se volvía á cada paso hacia ella, y cuanto más la veía, más deseaba verla. La señora de Bargetón sorprendió una de las chispeantes miradas de Luciano; le observó, lo vió más ocupado de la marquesa que del espectáculo, y de buena gana se habría resignado á ser abandonada por el joven; pero cuando una mirada más ambiciosa, más ardiente y más significativa que las otras le explicó lo que pasaba en el corazón de Luciano, Luisa sintió celos, más bien por el pasado que por el porvenir, y se dijo para sus adentros:

—¡Nunca me ha mirado á mí de ese modo! ¡Dios mío, qué razón tenía Chatelet!

La provinciana reconoció entonces el error de su amor. Cuando una mujer llega á arrepentirse de sus debilidades, pasa una especie de esponja por su vida, á fin de borrarlo todo. Aunque las miradas de Luciano la irritasen, Luisa permaneció tranquila. Durante el segundo entreacto, de Marsay volvió al palco llevando consigo al señor de Listomere. Este hombre grave y aquel joven fatuo no tardaron en comunicar á la orgullosa marquesa que aquel endomergado joven que había tenido la desgracia de admitir en su palco no se llamaba señor de Rubempré, sino que era hijo de un boticario apellidado Chardón. El señor de Rastignac, que estaba muy al corriente de las cosas de Angulema, había hecho reír en los otros dos palcos á sus oyentes á costa de aquella especie de momia á quien la marquesa llamaba prima suya, y de la precaución que tenía aquella dama de mantener á su lado á un farmacéutico para poder, sin duda, sostener con drogas su vida artificial. Por fin, de Marsay contó algunas de las mil bromas á que se entregan en seguida los parisienses, y que se olvidan tan pronto como se dicen; pero tras las cuales despuntaba Chatelet, el autor de aquella traición cartaginesa.

—Querida mía, ¿se llama realmente Rubempré el protegido de usted?—preguntó á Luisa la señora de Espard, poniéndose delante el abanico.

—Sí; pero ha tomado el nombre de su madre—le contestó Nais azorada.

—Pero, ¿cómo se llamaba su padre?

—Chardón.

—¿Y qué hacía ese Chardón?

—Era farmacéutico.

—Querida mía, estaba segura de que era imposible que todo París se burlase de una mujer á quien yo protejo. Ya no me extraña el ver que vienen aquí esos bromistas encantados de encontrarme con el hijo de un boticario. Si quiere usted creerme, vámonos juntas al instante.

La señora de Espard afectó un aire bastante impertinente, sin que Luciano pudiese adivinar cuál fuese la causa de aquel cambio. El pobre pensó que su chaleco era de mal gusto, lo cual era cierto; que la forma de su levita era de moda exagerada, lo cual era también verdad; reconoció con secreta amargura que tenía que vestirse con un buen sastre, y se prometió ir al día siguiente á casa del más célebre, á

fin de poder rivalizar el lunes siguiente con los hombres que encontrase en casa de la marquesa. Aunque sumido en sus reflexiones, sus ojos, atentos al tercer acto, no dejaban el escenario, y al mismo tiempo que miraba las pompas de aquel espectáculo único, se entregaba á sus sueños acerca de la señora de Espard. Luciano se sintió sumamente contrariado al ver la súbita frialdad de ésta, y, no obstante las grandes dificultades que adivinaba en aquel nuevo amor, el joven se proponía vencerlas. Salido de su profunda meditación para mirar otra vez á su nuevo ídolo, volvió la cabeza y se encontró solo. Luciano había oído algún ligero ruido, y quedó extraordinariamente sorprendido ante aquel brusco abandono, en el cual no pensó mucho tiempo, precisamente porque le parecía inexplicable.

Cuando las dos mujeres ocuparon su coche y éste rodaba ya por la calle de Richelieu hacia el arrabal de Saint-Honoré, la marquesa dijo, con un tono de cólera reprimida:

—Pero, querida mía, ¿en qué piensa usted? Antes de interesarse por el hijo de un boticario, hay que esperar á que sea realmente célebre. La duquesa de Chaulieu no confiesa aún sus relaciones con Canals, y eso que este hombre es célebre y noble. Supongo que ese muchacho no será hijo ni amante de usted, ¿verdad?—preguntó aquella altanera mujer, dirigiendo á su prima una mirada clara y penetrante.

—¡Qué suerte he tenido no entregándome á ese muchacho, á pesar de nuestro amor!—pensó la señora de Bargetón.

—Pues entonces—repuso la marquesa tomando la expresión de los ojos de su prima por una respuesta,—yo le aconsejo que no se ocupe más de él. ¡Arrogarse un nombre ilustre!... Ésa es una audacia que la sociedad castiga. Yo convengo en que sea el nombre de su madre; pero no olvide usted, hija mía, que sólo al rey pertenece el derecho de conferir el nombre de Rubempré al hijo de una descendiente de esta casa, y si ésta ha hecho una mala alianza, el favor sería enorme, y para obtenerlo se necesita una inmensa fortuna, haber prestado grandes servicios y tener buenos padrinos. Su vestir de tendero endomingado prueba que ese muchacho no es rico ni hidalgo; su cara es bonita, pero parece tonto, no sabe hablar y, en una palabra, no está educado. ¿Y cómo es que usted le protege?

La señora de Bargetón, que renegó de Luciano como éste

había renegado de ella, tuvo un miedo atroz de que su prima supiese la verdad acerca de su viaje.

—Prima querida, no sabe usted lo que siento el haberla comprometido.

—No, á mí no hay medio de comprometerme—dijo sonriendo la señora de Espard.—Al decir esto, sólo pienso en usted.

—Pero ¿olvida usted que le ha invitado á comer el lunes?

—No importa, estaré enferma, usted se lo advertirá y le pondré á la puerta de mi casa con su doble nombre—respondió vivamente la marquesa.

Luciano proyectó pasearse por la sala de espera durante el entreacto, al ver que todo el mundo se encaminaba á ella. En primer lugar, ninguna de las personas que habían ido al palco de la señora marquesa de Espard le saludó ni pareció hacer caso de él, lo cual juzgó muy extraordinario el poeta provinciano, y, por otra parte, Chatelet, al cual procuró Luciano unirse, lo acechaba con el raballo del ojo y lo evitó constantemente. Viendo á los hombres que vagaban por aquella sala y después de haberse convencido de que su indumentaria era bastante ridícula, Luciano fué á ocupar de nuevo el rincón de su palco y permaneció absorto durante el resto de la representación por el pomposo espectáculo del baile del quinto acto tan célebre por su Infierno, por el aspecto de la sala y por sus propias reflexiones, que fueron profundas en presencia de la sociedad parisiense.

—Este es mi reino—se dijo,—este el mundo en que yo debo imperar.

Y se volvió á pie á su casa, pensando en todo lo que dijeran los personajes que habían ido á hacer la corte á la señora de Espard. Sus modales, sus gestos, su manera de entrar y de salir, todo acudió á su memoria con asombrosa fidelidad. Al día siguiente, á las doce, su primera ocupación fué trasladarse á casa de Staub, que era el cortador más célebre de aquella época, y á fuerza de ruegos y por virtud del pago al contado, logró que su traje estuviese hecho para el famoso lunes. Luciano se encargó camisas, pañuelos y todo lo demás que necesitaba, se tomó medida de zapatos y de botas en casa de un célebre zapatero, se compró un bonito bastón en casa de Verdier y unos guantes y unos gemelos en casa de la señora Irlande, y procuró, en una palabra, ponerse á la altura de los petimetres. Cuando hubo

satisfecho sus caprichos, se fué á la calle Nueva del Luxemburgo y se encontró con que Luisa había salido.

—Come en casa de la señora marquesa de Espard y volverá tarde—le dijo Albertina.

Luciano se fué á comer á una fonda de á dos pesetas el cubierto y se acostó temprano. El domingo se fué, á las once, á casa de Luisa; pero su amada no estaba aún levantada. A las dos volvió, y Albertina le dijo:

—La señora no recibe aún; pero me ha dado esta cartita para usted.

—¡No recibe aún!—repitió Luciano.—Pero ¿es que soy yo un cualquiera?

—No lo sé—dijo Albertina con aire muy impertinente.

Luciano, menos sorprendido de la respuesta de Albertina que de recibir una carta de la señora de Bargetón, se fué, y una vez en la calle, abrió el sobre y leyó estas desesperantes líneas:

«La señora de Espard está indispuesta y no podrá recibirle el lunes; yo misma no estoy tampoco bien, y sin embargo voy á vestirme para ir á hacerle compañía. Me desespera esta pequeña contrariedad; pero su talento me tranquiliza y espero que medrará usted sin necesidad de charlatanismos.»

—¡Sin firma!—exclamó Luciano, que se encontró en las Tullerías sin darse cuenta de lo que había andado.

El don de segunda vista que tienen las gentes de talento, le hizo sospechar la catástrofe anunciada por esta fría carta, y sumido en sus reflexiones, marchaba y marchaba hacia adelante contemplando los monumentos de la plaza de Luis XV. El tiempo estaba hermoso, y multitud de coches pasaban incesantemente ante sus ojos, dirigiéndose hacia la avenida de los Campos Elíseos. Siguiendo á la multitud de los paseantes, pudo ver los tres ó cuatro mil coches que acuden á aquel lugar los domingos de buen tiempo improvisando un *Long-champs*. Aturdido por el lujo de los caballos, de los trajes y de las libreas, marchaba siempre adelante y llegó ante el arco del triunfo comenzado. ¿Qué pensaría cuando, al dar la vuelta, vió á las señoras de Espard y Bargetón en una caleña admirablemente enganchada, tras la cual iba el lacayo, cuya librea verde y oro contribuyó á que las reconociesen? La hilera de coches se detuvo á causa de una gran acumu-

lación, y entonces Luciano pudo ver á Luisa transformada y desconocida: los colores de su traje habían sido escogidos para que favoreciesen el color de su cara, y su corte era delicioso; sus cabellos, peinados con gracia, le sentaban admirablemente, y su sombrero, de un gusto exquisito, resultaba admirable al lado del de la señora de Espard, que imponía la moda. Hay infinidad de maneras de llevar un sombrero: ponéoslo un poco hacia atrás y pareceréis descarado; ponéoslo hacia adelante y os tomarán por socarrón, y si lo ponéis de lado, por chulo. Las mujeres distinguidas se ponen los sombreros como quieren, y siempre parecen bien. La señora de Bargetón había resuelto en el acto este extraño problema. Un bonito cinturón dibujaba su esbelto talle, había adquirido los modales y los gestos de su prima, iba sentada como ella, jugaba con un elegante pebetero que pendía de uno de los dedos de su mano derecha mediante una cadenita, y enseñaba así su mano fina y bien enguantada, sin parecer que desease enseñarla. Para expresarlo de una vez, diremos que se había hecho semejante á la señora de Espard sin imitarla, y que era digna prima de la marquesa, la cual parecía estar orgullosa de su discípula. Las mujeres y los hombres que se paseaban por la calzada miraban el brillante coche con las armas de los Espard y de los Blamont Chauvry, y Luciano quedó asombrado del gran número de personas que saludaban á las dos primas, ignorando que todo aquel París que consiste en veinte salones sabía ya el parentesco de la señora de Bargetón y de la señora de Espard. Algunos jóvenes á caballo, entre los cuales reconoció Luciano á de Marsay y á Rastignac, se unieron á la calesa para acompañar á las dos primas al bosque, y por los gestos de los dos fatuos, el joven poeta reconoció fácilmente que felicitaban á la señora de Bargetón por su metamorfosis. La señora de Espard rebosaba gracia y salud; de suerte que su indisposición era un pretexto para no recibir á Luciano, toda vez que no aplazaba la comida para otro día. Furioso el poeta al hacerse esta reflexión, se aproximó á la calesa, retuvo un poco el paso y, cuando estuvo enfrente de las dos mujeres, las saludó: la señora de Bargetón no quiso verle, y la marquesa fijó en él su monóculo y no respondió á su saludo. La reprobación de la aristocracia parisiense no era como la de los soberanos de Angulema. Esforzándose en herir á Luciano, los hidalgos de gotera admitían su poder

y le tenían por hombre, mientras que para la señora de Espard ni siquiera existía. Aquello no era una sentencia, era una denegación de justicia. Cuando de Marsay fué su monóculo en Luciano, un frío mortal se apoderó del poeta; pero el elegante parisiense dejó caer el monóculo de una manera tan singular, que al provinciano le pareció el tajo de la guillotina. La calesa pasó, y la rabia y el deseo de venganza se apoderaron de aquel joven despreciado, hasta tal punto, que si hubiese tenido allí á la señora de Bargetón la hubiese estrangulado; deseó ser Fouquier-Tinville para procurarse el goce de enviar á la señora de Espard á la guillotina, y anheló poder hacer sufrir á de Marsay uno de esos suplicios refinados que han inventado los salvajes. Sumido en estas ideas, vió pasar de pronto á Canalis á caballo, elegante como debía serlo el poeta más zalamero de los poetas y saludando á las mujeres más bonitas.

—¡Dios mío! ¡oro á toda costa!—se decía Luciano.—El oro es el único poder ante el cual se arrodilla el mundo. (No —le decía su conciencia,—¡la gloria, la fama! y la fama es el trabajo.) ¡Dios mío! ¿por qué estoy yo aquí? ¡Pero triunfaré, pasaré por esta avenida en calesa con lacayos y tendré marquesas de Espard!

Mientras lanzaba estas furiosas palabras, devoraba en casa de Hurbain un cubierto de dos pesetas. Al día siguiente, á las nueve, se fué á casa de Luisa con ánimo de reprocharle su barbarie; pero la señora de Bargetón, no sólo no estaba en casa para él, sino que el portero le negó la entrada, viéndose reducido el poeta á quedarse en la calle acechando hasta las doce. A esta hora, Chatelet salió de casa de la señora de Bargetón, vió al poeta y evitó su encuentro; pero Luciano, herido en su amor propio, persiguió á su rival, y Chatelet, al verse acorralado, se volvió y le saludó con la intención evidente de pasar de largo después de esta cortesía.

—Caballero, ¡por favor! —dijo Luciano,— concédame usted un segundo, tengo que decirle dos palabras. Usted me ha demostrado amistad, y yo la invoco para pedirle un pequeño favor. Usted sale ahora de casa de la señora de Bargetón, y desearía saber la causa que ha movido á esa señora y á la de Espard á despreciarme.

—Señor Chardón—respondió Chatelet con fingida franqueza,—¿sabe usted por qué le dejaron solo esas señoras?

—No—dijo el pobre poeta.

—Pues bien, sepa usted que desde el primer momento le ha perjudicado altamente el señor de Rastignac. Habiendo sido interrogado este joven petimetre acerca de usted, ha dicho sencillamente que se llamaba usted Chardón, y no Rubempré; que su madre cuidaba parturientes; que su padre era, en vida, boticario en el Houmeau, y que su hermana era una joven encantadora que planchaba camisas admirablemente y que iba á casarse con un impresor de Angulema llamado Sechard. Así es el mundo: intenta uno medrar, y le hunden. El señor de Marsay fué á reirse de usted con la señora de Espard, y las dos damas huyeron en seguida creyéndose comprometidas al lado de usted. No intente usted, pues, ir á casa de la una ni de la otra. La señora de Bargetón no sería recibida por su prima si continuase viéndole. Usted tiene talento; procure tomar la revancha, y ya que el mundo le desprecia, desprecie usted al mundo. Refúgiense en una buhardilla, haga obras maestras, adquiera un poder cualquiera, y verá el mundo á sus pies. Cuanto mayor amistad le ha demostrado la señora de Bargetón, más se alejará de usted. Así son las mujeres. Pero en este momento no se trata ya de reconquistar la amistad de Nais, y sí únicamente de no tenerla por enemiga, y á este efecto, voy á darle un consejo. Ella le ha escrito á usted; conquede devuélvale todas sus cartas, y, más tarde, si necesita usted de ella, recordando su noble proceder no le será hostil. Por mi parte, tengo formada tan buena opinión de usted, que le he defendido siempre, y si algo puedo hacer por usted, siempre me tendrá dispuesto á servirle.

Luciano estaba tan aplanado y tan pálido, que ni siquiera devolvió al elegante viejo el seco saludo que recibió de él, y se volvió á su fonda, donde encontró á Staub en persona, que había ido, más bien que para probarle la ropa, para saber por el fondista lo que era, monetariamente hablando, su desconocido parroquiano. Luciano había llegado en posta, y el jueves anterior había vuelto del Vaudeville en coche con una señora. Estos informes eran buenos, y Staub llamó á Luciano *señor conde* y le hizo ver el talento con que él había sabido realzar sus buenas formas.

—Un joven vestido de este modo—le dijo el sastre— puede ir á pasearse á las Tullerías, en la seguridad de que no tardará en casarse con alguna rica inglesa.

Esta broma de sastre alemán y la perfección de sus ro-

pas, la finura del tejido y la gracia que se encontraba á sí mismo mirándose al espejo, disminuyeron la tristeza de Luciano, el cual se dijo vagamente que París era la capital del azar, y creyó en el azar por el momento. ¿No contaba con un tomo de poesías y con su magnífica novela *El arquero de Carlos IX?* El pobre poeta confió en su destino. Staub prometió llevarle todo el traje al día siguiente, y al día siguiente se presentó, en efecto, así como el zapatero y el camisero, provistos todos de sus facturas. Luciano, que ignoraba la manera de despedirles y que gozaba aún del encanto de las costumbres provincianas, les pagó; pero después de haberles pagado, observó que no le quedaban más que trescientos sesenta francos de los dos mil que había llevado á París, ¡y sólo había transcurrido una semana! A pesar de esto, se vistió, se fué á dar una vuelta por la terraza, y pudo tomar, en parte, la revancha, porque iba tan bien vestido y estaba tan gracioso y tan guapo, que varias mujeres le miraron, y dos ó tres quedaron tan admiradas de su belleza, que se volvieron. Luciano estudió el andar y los modales de los jóvenes, é hizo su curso de elegancia al mismo tiempo que pensaba en sus trescientos sesenta francos. Por la noche, solo en su cuarto, se le ocurrió la idea de esclarecer el problema de su vida en la fonda del Gaillard-Bois, donde comía los platos más sencillos creyendo economizar. Como hombre que quería largarse, pidió la cuenta, y resultó que ésta ascendía á cien francos. Al día siguiente, corrió al país latino, que le había sido recomendado por David á causa de su baratura. Después de haber buscado durante mucho tiempo, acabó por encontrar en la calle de Cluny, cerca de la Sorbona, una miserable fonda donde obtuvo un cuarto por la cantidad que él deseaba gastar. Inmediatamente pagó al fondista del Gaillard-Bois, y aquel mismo día fué á instalarse á la calle de Cluny. Su traslado no le costó más que una carrera de coche.

Después de haber tomado posesión de su pobre cuarto, reunió todas las cartas de la señora de Bargetón, hizo con ellas un paquete, lo colocó sobre la mesa, y, antes de ponerse á escribir, se puso á pensar en aquella fatal semana. El poeta no se dijo que él había sido el primero en renegar aturdidamente de su amor, sin saber lo que sería de su Luisa en París; no reconoció sus culpas, examinó su actual situación y acusó á la señora de Bargetón, la cual, en vez

de ayudarle, le había perdido. Con tales pensamientos, el provinciano se enfureció, y en medio del paroxismo de su cólera, se puso á escribir la siguiente carta:

«Señora: ¿Qué diría usted de una mujer que sintiese simpatías por un pobre niño tímido y lleno de esas nobles creencias que el hombre denomina ilusiones más tarde, y que hubiera empleado las gracias de la coquetería, las sutilezas de su espíritu y todas las imitaciones de un cariño maternal para desencaminarle? No escasea ella ni las promesas más cariñosas ni los mayores halagos, y le dirige, se apodera de él, le riñe por su poca confianza, y cuando el niño abandona su familia y la sigue ciegamente, le conduce á orillas de un mar inmenso, le hace entrar sonriéndose en un frágil esquife, le lanza solo y sin auxilio á través de las tormentas, y luego, desde la roca en que ella se ha quedado, se echa á reír y le desea buena suerte. Esa mujer es usted, y ese niño soy yo. En manos de ese niño se halla un recuerdo que podría demostrar los crímenes de su protección y los favores de su abandono; y usted podría tener que ruborizarse si encontrase al niño luchando con las olas, y pensase que lo ha tenido en su regazo. Cuando lea usted esta carta, el tal recuerdo estará en su poder. Queda usted libre de olvidarlo todo. Después de las hermosas esperanzas que su dedo me ha mostrado en el cielo, veo las realidades de la miseria en el barro de París. Mientras que usted vaya, brillante y adorada, á través de las grandezas de este mundo á cuyo umbral me ha traído, yo tiritaré en la miserable buhardilla donde usted me ha arrojado. Pero ¡quién sabe! Tal vez se verá usted amargada, en medio de sus fiestas, por un remordimiento, y acaso piense en el niño á quien ha sumido en un abismo. Pero no, señora; piense usted en él sin remordimientos. Desde el fondo de su miseria, este niño le ofrece á usted la única cosa que le queda: su perdón con su última mirada. Sí, señora, gracias á usted, no me queda nada. ¡Nada! ¿no sirvió la nada para hacer el mundo? El genio debe imitar á Dios, y yo empiezo por tener la clemencia de éste sin saber si tendré su fuerza. Lo único que puede usted temer es que yo vaya por mal camino, porque será usted el cómplice de mis faltas. ¡Ay de mí! la compadeczo á usted, que no puede ya ser nada en la gloria que yo me decido á conquistar valiéndome del trabajo.»